

colección rúbrica



JOSÉ MOLINA MELGAREJO



DIARIO DE UN ADOLESCENTE
EN PRÁCTICAS

Basado en hechos reales

Temporada 1

esstudio
ediciones

Episodio piloto

Diario de a bordo

Para ser sincero, algo que no siempre resulta ser lo más recomendable, nunca tuve la más mínima intención de escribir un diario, como esos que tan de moda estaban en aquella época de inocencia contrastada e inexperiencia manifiesta. O esa era al menos la impresión que yo mismo tenía entonces y que todavía continúo teniendo, por mucho que a veces me cueste reconocerlo.

Ni durante mi más tierna infancia ni, por descontado, a lo largo de mi más dura adolescencia —añádase también mi incipiente juventud— se me pasó por la cabeza eso de ponerme por la noche a redactar en un cuaderno todo lo que me había sucedido a lo largo del día. Entre otras muchas y poderosas razones, que hoy me costaría muy mucho entender, todo sea dicho —llegados a este punto, me veo obligado, antes que nada, a declarar mi más sentido *mea culpa*—, la de creer que eso de tener un diario era solo cosa de chicas, como la falda, el color rosa, las trenzas, las muñecas, los recortables, las cocinitas, la comba, el diábolito, la rayuela, la carpeta con tu ídolo de música o tu actor de cine favorito, o el cuidado y mantenimiento de la casa —véase

cocinar, limpiar, coser, lavar, hacer calceta, zurcir, planchar o hacer la compra.

¡Qué le iba a hacer! Era lo que veía en mi casa y, en realidad, en los hogares, dulces hogares de casi todos mis amigos; y a lo que, queriendo o sin querer, me habían educado casi desde recién nacido o hasta diríase que antes de haber asomado la cabeza a aquel remoto tiempo en el que me tocó malvivir. Es decir, desde que, siendo muy pequeño y con escaso uso de razón —el que alguna vez dejase de ser escaso creo que todavía no puedo aseverarlo del todo—, fui testigo directo de que mi padre —Emilio para más señas— no daba un palo al agua en mi casa y, más aún, no sabía ni lo que era cogerme en brazos, bañarme, darme de comer, salir conmigo al parque o a dar un simple paseo, llevarme a los caballitos o contarme algún cuento por la noche antes de dormir. A veces incluso llegaba a pensar que era un fantasma o incluso un actor extra contratado por mi madre para que hiciera las veces de padre, no fuera a ser que eso de crecer sin una figura paterna acabara provocándome algún tipo de trauma psicológico y, ya de adulto, tuviera que sacarme un abono mensual en la consulta de algún reputado psicoanalista, aunque esto último todavía no está descartado del todo.

Vistos los resultados, sin embargo, empecé seriamente a pensar que los traumas que empezaron a acharme durante mi periodo de adolescente en prácticas fueron precisamente debidos a haberme criado, por decirlo con cierto eufemismo, al abrigo de aquel padre invisible que solo hacía las veces de sí mismo. Un padre de

usar y tirar al que, por aquello de quitarse responsabilidades de encima, siempre le gustaba decir eso de «una cosa es una cosa, y otra cosa es otra». Una sentencia firme, de gran calado filosófico, con la que dejaba bien a las claras que una cosa era su vida de puertas para adentro y otra la de puertas para afuera. O sea, para ser más explícitos, un padre más pendiente de cumplir con sus obligaciones como oficial cualificado en la empresa *Encuadernación Sucesores de Menéndez* en la que trabajaba, así como de acudir puntual a su cita con los amigos de la taberna que había justo enfrente de donde vivíamos, y que se había convertido en su segundo hogar, aunque seguramente era, con diferencia, la estancia a la que más aprecio le tenía. Allí, además, casi cada tarde después de salir del trabajo, también podía lucirse como oficial cualificado en el dominó, sin desmerecer en absoluto sus extraordinarias dotes para el mus, el tute, la brisca y el cinquillo, amén del chascarrillo fácil, la copita de aguardiente y el pitillo de tabaco negro, que siempre parecía llevar pegado a los labios, como si fuera un apéndice más de su boca. Así las cosas, no me extrañaba que a veces, cuando volvía a casa a altas horas de la tarde, cada vez que me miraba era como si delante de él no estuviera su hijo, sino la reencarnación de Machaquito —incluidos capote, montera y estoque—, de un *Bisonte* «tipo americano» echando humo hasta por las orejas o de un *Celta* corto espada en mano, y no haciendo música precisamente.

Fuera como fuese el asunto paterno-filial, lo que sí debo reconocer —por darle un poco de visibilidad a mi

volátil progenitor— es que el hecho de que mi padre trabajara en una empresa de encuadernación sí que nos sirvió, por lo menos, para que por mi casa circularan libros de todos los tamaños y colores. Y de los más variados contenidos, algo que yo mismo agradecí sobremanera, aunque sin dar demasiadas pistas sobre ello, no fuera a ser que mi paulatino interés por la lectura terminara generándome el calificativo de «vago y maleante». Una conducta esta, por lo visto, altamente inapropiada por aquel entonces, y que todavía estaba regulada por ley, con todo lo que ello podía conllevar para un adolescente de escaso recorrido como yo. Es decir, que no era para nada descartable en una familia como la mía el que pudiera acabar teniendo la consideración de malhechor perezoso, habida cuenta de su mayor dedicación a asuntos prácticos que teóricos, a cuestiones más de apariencia externa que de comparecencia interna.

Debo añadir, por último —con el fin de no dejar ningún cabo suelto—, que todos los libros eran bien recibidos en mi casa, siempre y cuando, eso sí, combinaran a la perfección con el brillante color rojizo del mueble de formica que lucía en el salón comedor, y al que a mi madre Mercedes le gustaba decorar con todo lujo de detalles, por aquello de que, como ella solía decir sobre casi cualquier materia, «no me gusta verlo así, mondo y lirondo». Entre esos detalles que no podían faltar había, por citar unos cuantos de obligada exhibición, fotos familiares hasta completar aforo; todas las figuritas en miniatura habidas y por haber, incluyendo una gitanilla

junto a un toro con banderillas modelo *souvenir*; una nutrida colección de penitentes, que bien hubiesen dado para celebrar una procesión casera cada Jueves Santo; un retrato de Fray Leopoldo, al que mi madre tenía especial devoción; la vajilla de loza reservada solo para invitados —la ámbar de *Duralux*, «el acero del vidrio» [cuña comercial], era únicamente para uso interno—, y hasta una zambomba y una pandereta, por si acaso la Navidad se adelantaba y nos pillaba con el paso cambiado y los villancicos a contrapié.

Bueno, y a lo que íbamos: el diario de a bordo, que enseguida se me va el santo al cielo; algo lógico, por otra parte, siendo como soy un ateo confeso. Y es que no sé por qué de vez en cuando se me empiezan a agolpar recuerdos que jamás hubiera anotado en ese diario —de haberlo tenido y usado, obvio es decirlo—, ni imaginé por un segundo que se quedarían grabados en mi memoria, considerando lo poco trascendentales que me parecían en épocas remotas. Así que, retomando mi vetusta argumentación, ¿para qué narices, además, servía eso de contar mis hazañas en una libreta, si era yo el único que iba a leerlas? Aclárese: ¿a quién podía interesarle saber que en el colegio hubiera discutido con Alonso o con Rodríguez, mis más acérrimos enemigos de clase; que hubiese metido un gol de cabeza en el partido que, durante el recreo, había enfrentado a 1.º A y 1.º C; que don Pablo me hubiese puesto un 4,5 en Matemáticas, con todo desmerecimiento, dicho sea de paso; que me hubiese sabido de carrerilla la lista de los reyes godos, o que fuese un hacha

traduciendo del latín? En definitiva, ¿qué sentido tenía contarme a mí mismo mis personales aventuras escolares o incluso las que tenían la consideración de extraescolares, como salir a jugar a las chapas los sábados por la mañana y, ya por la tarde, al fútbolín, o ir a la sesión de las cuatro a ver una película de indios y vaqueros o de policías y ladrones, y las mañanas de los domingos, a la salida de misa involuntaria en la coqueta iglesia del colegio, fijarme en alguna chica que me gustara, aunque supiese de antemano que no iba a hacerme el más puñetero caso?

Claro que con lo que no contaba ni por asomo era con enterarme de que, para conservar todos esos recuerdos cotidianos, que a simple vista me parecían insignificantes, no era necesario escribirlos en un cuaderno, sino que bastaba con ser un poco espabilado, tener más de dos dedos de frente y mantenerlos vivos en el diario de a bordo de mi propia memoria. Para sorpresa mía, sin ir más lejos, con el paso de los años fui descubriendo que, casi todas las noches, cuando me recostaba en la cama y cerraba los ojos con la sana intención de conciliar el sueño —¡qué noches las de aquellos días!—, inconscientemente me venían a la cabeza muchas de aquellas aventuras infantiles y adolescentes que me habría parecido absurdo recoger en un cuaderno. Incluyendo la del fantasma de mi padre, que desde hacía algún tiempo se me había empezado a aparecer como si fuera un espíritu venido del más allá, algo que, vuelvo a reiterar, jamás hizo cuando estuvo en el más acá; teniendo en cuenta sin la más mínima

duda que lo de cuidar de su hijo era una tarea que no le correspondía ni por tradición familiar ni por voluntad propia, por mucho que en el Libro de Familia constara su condición de padre y muy señor mío. A no ser, por supuesto, que yo hubiese sido una ficha del dominó, un rey de copas —con segundas intenciones esto último, todo sea dicho y sin el más mínimo remordimiento— o un guerrero celta, que seguramente entonces sí hubiese sido objeto de su más que efusiva atención.

En fin, queriendo o sin querer, era como ir pasando las páginas de mi diario nunca escrito; pero que seguía ahí, casi intacto, recordándome muchas peripecias personales, que, de otro modo, hubiera olvidado para siempre. Cierto es también que, de haber tenido la sensatez de haber reseñado en un diario todo cuanto iba aconteciendo en mi poco apasionante vida, habría evocado detalles que hoy no recuerdo, pero de los que sí hubiera tenido testimonio escrito. No fue así, por suerte o por desgracia, pero al menos sí puedo afirmar que he tenido la fortuna de que lo más esencial de mi odisea personal no se haya borrado de mi desactualizado disco duro —en ocasiones hasta me asombra su extraordinaria capacidad de almacenamiento—, lo que ya es muy de agradecer.

Así las cosas, ahora puedo permitirme el lujo, por decirlo de un modo que me consuele, de trasladar a unas cuantas hojas en blanco muchas de aquellas historias personales que casi cada noche me siguen visitando, a modo de *remake* de mi propia vida, aunque sean en blanco y negro, en UHF y con *carta de ajuste* incluida. Algo es algo.

Igual Mari Carmen, mi vecina de enfrente, que tenía mi misma edad y a la que trataba por todos los medios de tirarle los tejos, aunque nunca acabaron de rozarle del todo, sí imagino que ha podido echar mano de su precioso diario de color rosa y letras plateadas que con tanto cariño guardaba en su mesilla de noche, a decir de ella misma, y cada día hacer un *flashback* del relato de su vida. En cuanto a lo de los tejos —permítaseme una sucinta observación—, ahora que lo pienso bien, igual hubiera sido mejor haberle tirado piedras, chinarras, guijarros o incluso pedruscos para llamar su atención; en sentido metafórico, entiéndase, y a modo de lapidación amorosa, aunque tampoco sé si esta táctica pétrea hubiese sido todo lo efectiva que entonces hubiera ardientemente deseado.

A pesar de lo dicho y hecho, asumo mi total responsabilidad al pensar, durante mi época *vintage*, que lo de escribir un diario era cosa de niñas, como —repito, por exigencias del guion— la falda, el color rosa, las trenzas, las muñecas, los recortables, las cocinitas, la comba, el diábolito, la rayuela, la carpeta con tu ídolo de música o tu actor de cine favorito o el cuidado y mantenimiento de la casa, así como la ñoñería, la cursilería, las fotonovelas románticas... y cuestiones por el estilo de corte y confección femeninas. Nada que ver, por descontado, con lo fuertes, valientes y machotes que nos creíamos los niños de entonces —que cada cual le ponga un nombre, un lugar y una fecha concretos—, que no nos andábamos con chiquitas —sin segundas intenciones esta vez— y teníamos muy claro cuáles eran las cosas realmente importantes de

la vida. A saber: el fútbol, las canicas, el futbolín, las chapas, los tebeos, los álbumes de cromos, las películas y la piedra pómez, entre otras muchas, porque el hecho de ser aspirantes a mozalbetes ya nos colocaba en una categoría claramente superior a la de las chicas, cuyas aspiraciones apenas alcanzaban el estatus de sociedad limitada.

En fin, cosas de antaño que, por suerte, ya forman parte de mi desmemoria, aunque todavía quedan resquicios de aquella visión un tanto cicatera de ver la vida. Eso sí, teniendo en cuenta que de todo cuanto todavía recuerdo no hay testimonio escrito ni en su momento di fe ante notario, a veces me parece que hay hechos que no son más que una pura invención, pero que, a fuerza de revivirlos una y otra vez, han adquirido la categoría de reales. Dudo, sin embargo, muy mucho de que lo fueran; si bien, en todo caso, se trata de una duda no siempre demasiado razonable —me remito de nuevo a mi propia valoración sobre mi escaso uso de razón—. A veces es como despertarse de un sueño y no saber con exactitud si lo soñado ha sido cierto o no; si, por ejemplo, alguna vez fui un virtuoso del saxofón, de la gaita o de la zampoña, un experto sexador de pollos, un héroe de capa y espada —exclúyase lo de *Celta* corto o largo—, un seductor casanova, que sería mi opción favorita, una estrella del fútbol, o hasta llegué a dar la vuelta al mundo en bicicleta en menos de ochenta días.

En idénticas circunstancias, sí que mi vecina Mari Carmen, a la que infructuosamente le seguí tirando los tejos —enseguida descarté cualquier otro tipo de material

rocoso, por muy metafórico que fuese, cuyas consecuencias hubieran sido más desastrosas aún—, siempre me ha llevado ventaja, porque ella sí que ha podido certificar por escrito casi cada detalle de cómo fue su vida de aprendiz de adolescente. O eso debo suponer, dado que, de la noche a la mañana, desapareció como por arte de birlibirloque, llevándose consigo todos los tejos que le había tirado e incluso los que nunca llegué a tirarle, lo que me llevó a tener que reponerlos a la mayor brevedad posible. Bueno, y eso que a ella no le gustaba el color rosa, ni llevar trenzas, ni las muñecas, ni las cocinitas, ni jugar a la comba o a la rayuela, ni las carpetas con sus ídolos de música o sus actores de cine favoritos, ni el cuidado y mantenimiento de la casa, ni, por supuesto, las ñoñerías, las fotonovelas románticas, lo que oliera a cursilada... Ni, en realidad, todo aquello que de algún modo tuviera que ver con el patrón al uso de mujer en vías de desarrollo, únicamente destinada a ser el ama de casa de desmemoriados como yo, a los que el tiempo condenó a no ser fuertes, ni valientes, ni machotes, sino simples y anónimos adultos que lograron pasar su periodo de adolescentes en prácticas a duras penas y con un aprobado justito, rozando el insuficiente. Algo que no auguraba una juventud demasiado apoteósica ni que tuviera visos de llegar a convertirse en un divino tesoro.

Episodio 1

Érase una vez...

[Primera parte]

Versión subtitulada¹

Al llegar a Madrid a mediados de los años sesenta, después de haber pasado buena parte de mi infancia en Suecia y Noruega, tuve la sensación de haber aterrizado en otro tiempo y en otro lugar a los que no pertenecía, y en los que todo me resultaba desconocido: el laberinto de calles con olor a entresijos, gallinejas, bocadillos de calamares y vermú con sifón del castizo barrio al que nos trasladamos a vivir; las gentes que lo habitaban con todos los acentos y de todos los sitios habidos y por haber; sus panaderías, lecherías, droguerías, carbonerías... y tiendas de ultramarinos aún con decorados de posguerra, en las que todavía podían leerse letreros que rezaban: «AL REFUGIO»... E incluso el español, que era como mi segunda

¹ Adaptación libre de «Un país lejano y próximo», texto incluido en el libro colectivo *Nosotros los niños de los años 50. Del nacimiento a la juventud, un viaje a esos maravillosos primeros años* (Bayard, 2011).